



Destrucción de libros: *mnemocidio*

Biblioclastia es propiamente la destrucción de libros.

Quien destruye volúmenes es un biblioclasta.

El bibliocidio suele ser, como ya lo sabía el poeta alemán Heinrich Heine, la puerta del genocidio. Hay casos tan brutales que puede hablarse de bibliocausto como ocurrió en Alemania durante el régimen nazi.

Fernando Báez



La propuesta en este bloque es entramar la historia de los vínculos de la humanidad a través de sus culturas hasta llegar a nuestra América y a nuestro país.

Frente a la magnitud destructiva es necesario recuperar las acciones de resistencia, profunda y sentida, que, aún en esos marcos, se proyectan en futuro.

Diferentes tramas para los mismos propósitos

El testimonio de HIJOS muestra la fortaleza de los jóvenes por rescatar y recuperar libros encerrados junto a sus familiares. Recuperar escrituras, subrayados, nombres de amores escondidos, salvarlos para luego organizar la biblioteca abierta, es recordar desde las historias de vida a cada uno de los detenidos - desaparecidos.

El testimonio de Graciela Cabal da cuenta de la situación emocional de una trabajadora de la literatura ante la destrucción de libros como método de protección, con el plus del humor irónico, un buen recurso para recuperar las memorias doloridas.

El artículo periodístico introduce, desde el testimonio presencial, a la destrucción de la Biblioteca de Bagdad, en la reciente guerra a Iraq. El autor conduce al lector por un recorrido que lo lleva a las primeras

manifestaciones por borrar las memorias de los pueblos.

La entrevista a Fernando Báez (autor del artículo periodístico) pone en relieve, desde su historia de infancia, su vínculo con los libros y la necesidad de crear conciencia ante tanto horror imperialista.

Cada uno de los textos posibilita ingresar a varios contenidos que abran a nuevas investigaciones. Rastrear estas experiencias en el propio territorio, como muchos docentes lo hacen¹, puede deparar interesantes sorpresas que aglutinen acciones colectivas y organizadas para que la cultura de la memoria y del trabajo se instalen como práctica cotidiana.



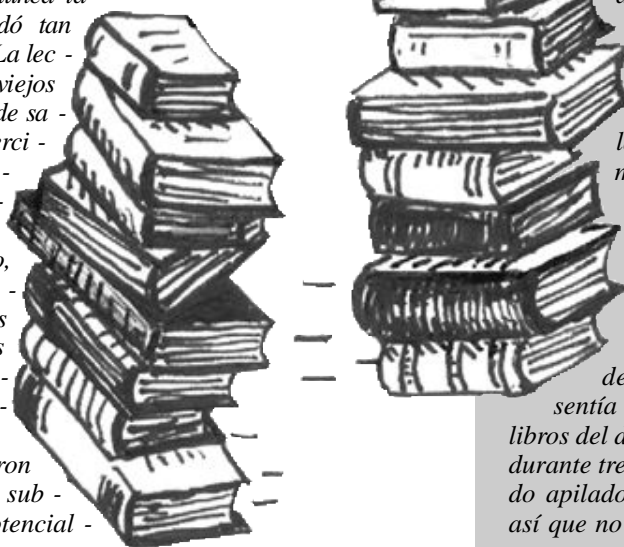
1. Ver página 81: "Hacer Memoria no es memorizar"

En 1984 la CONADEP (Comisión Nacional de Desaparición de Personas) logró la apertura de los calabozos del Centro Clandestino de Detención que había funcionado durante la Dictadura Militar dentro del palacio policial, en el corazón de la capital mendocina. Encontraron allí alrededor de cinco mil libros, revistas, cuadernos personales, fotos, volantes, actas, etc., producto de los allanamientos llevados a cabo por las fuerzas represivas. Desde el 2003 todo ese material forma la Biblioteca de la Memoria, que bajo la custodia de H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) funciona en la Casa de la Memoria de Mendoza. Los jóvenes integrantes de H.I.J.O.S. cuyos padres fueron detenidos y desaparecidos por el gobierno militar- relatan lo que significa hacerse cargo de estos libros que fueron encerrados con sus padres tras las mismas paredes¹.

“En 1998 estábamos discutiendo cómo reivindicar la lucha de nuestros viejos. Fue justo en ese momento que queda en nuestras manos el cuidado de los libros, una pieza fundamental en la vida personal y política de nuestros viejos. Además de reconstruir la imagen política de la generación del 70, en la biblioteca vemos también qué les gustaba hacer, qué pensaban más allá de lo político. Y descubrimos que les encantaban las novelas, las historietas, cocinar, los deportes, la botánica... Esta biblioteca nos ayuda a reconstruir su identidad y nunca la palabra “identidad” quedó tan llena de cosas cotidianas. La lectura no era para nuestros viejos un medio de acumulación de saber, sino, más bien, un ejercicio de formación a través del cual trataban de explicarse el mundo y transformarlo. La lectura como herramienta para la liberación del pueblo, como grito que exhorta, que exige justicia social, que grita con y para los oprimidos. Ese grito que ahora nos es propio, sueña con hacerse palabra articulada, voz libre que transite los aires de la lucha.

Los genocidas no sólo consideraron a las personas como instrumentos de subversión, también los libros eran potencialmente peligrosos. Así los libros y las personas fueron encerrados entre las mismas paredes. Qué otra cosa es encancelar, sino enceguecernos con un muro de piedras para dejar atrás aquello que quieren ocultar. Despótica mirada de la dictadura, que decidió quién tenía y quién no tenía derecho a la existencia.

Los libros estuvieron en la oscuridad de los uniformes y botas, en un lugar donde los verdugos ejecutaban su plan siniestro. Con los libros en la mano, sentimos una vez más la derrota de aquellos que quisieron imponer el miedo como forma de vivir. Ahora a la Biblioteca de la Memoria la rodean niños, jóvenes y adultos en una casa que se llena de risas cuando nos juntamos, porque creemos que la alegría es la forma más sublime de la resistencia”.



Vergüenza

“Más libros para más” era la consigna del Centro Editor de América Latina. El 30 de agosto de 1980 la policía bonaerense quemó en un baldío de Sarandí un millón y medio de ejemplares del sello.

Graciela Cabal, Secretaria de Redacción de una de las colecciones recordaba:

“Al principio tuvimos mucho miedo; yo, cada vez que me iba para el CEAL, le decía a mi vecina de arriba que si a determinada hora no volvía, se llevara a mis tres hijos a la casa de mi mamá. Pero, a la vez, nos acostumbramos a trabajar en ese contexto de terror. De repente llamaban de un depósito, nos avisaban que había habido un allanamiento y que venían para la redacción. Nosotros nos preparábamos, tirábamos carpetas, escondíamos agendas en el jardín, incinerábamos papeles. Les decíamos a los vecinos que íbamos a hacer un asado y quemábamos papeles en la bañera, que quedaba negra del humo.(...) Yo rompí y quemé muchos libros, y fue una de las cosas de las que nunca me pude recuperar. Lo hacía y lloraba porque no quería que mis hijos me vieran, porque no quería que lo contaran en la escuela, porque no quería que supieran que su madre era capaz de romper libros... Porque sentía mucha vergüenza. (...) Los libros del depósito de Sarandí ardieron durante tres días, algunos habían estado apilados y se habían humedecido, así que no prendían bien. Me acuerdo que en uno de los fascículos, de historia del feudalismo, había un príncipe que no se terminaba de quemar. El pobrecito era un príncipe medio afemina-do y lleno de flores que se resistía a la hoguera”.

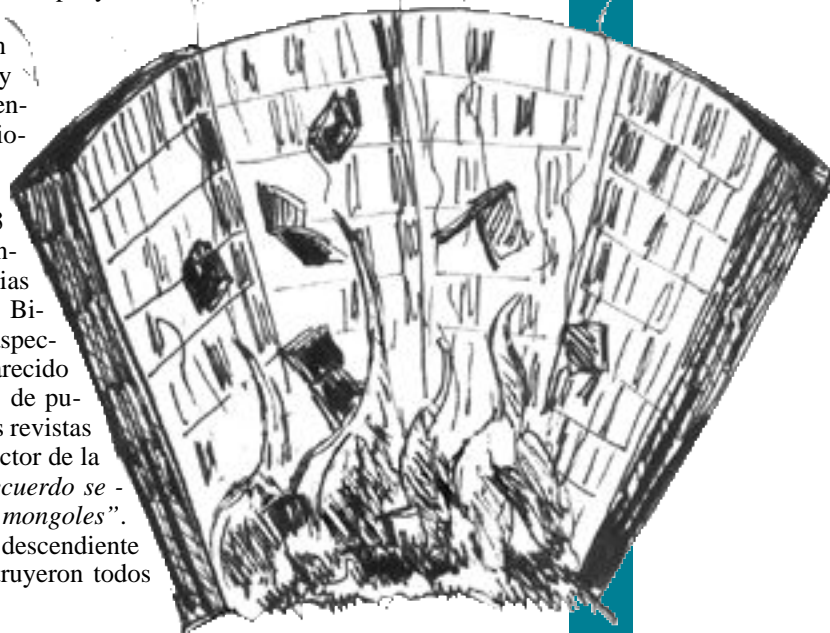
(Tomado de *Un golpe a los libros* (1976-1983). Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2001).

1. Síntesis de la ponencia presentada en el 2º Coloquio Interdisciplinario de Abuelas de Plaza de Mayo “El Porvenir de la Memoria”. Abril 2005.

“Cada libro quemado ilumina el mundo”

R.W. Emerson

Una decisión ejecutiva me colocó en Bagdad, como parte de una comisión internacional autorizada para investigar el problema de la destrucción de bibliotecas, archivos y museos en Irak. El 10 de mayo fui convocado a mi primera reunión de trabajo. Setenta años atrás, el mismo día, los nazis, en Alemania, quemaron miles de libros y convirtieron el año 1933 en una fecha fatal para la cultura. No sé si será una superstición mía, pero el número 3 está presente en los peores momentos de los libros. Hacia el año 213 a.C., el Emperador Shih-Huang Ti, artífice de la gran muralla, unificador de China y defensor de los escritos de la escuela legalista, hizo destruir todo cuanto pudiera servir para restituir la memoria del pasado. Hacia los años 643-644, se cree que los árabes destruyeron el Museo de Alejandría, donde estaba la célebre biblioteca. En 1453, los turcos tomaron Constantinopla y arrasaron con sus prestigiosos manuscritos. En 1813, los soldados norteamericanos tomaron Canadá y York, y quemaron el Parlamento y la biblioteca legislativa, lo cual les fue compensado un año después con la quema de la Biblioteca del Congreso. La noche del 9 de marzo de 1943, un ataque aéreo sobre la Biblioteca de Baviera destruyó 500.000 libros. En 1993 fueron destruidas decenas de bibliotecas (entre ellas la de Stolac) por parte de las milicias nacionalistas croatas. Y ahora el 2003. La Biblioteca Nacional de Bagdad presentaba un aspecto siniestro. Según se piensa, han desaparecido ochocientos mil volúmenes junto con miles de publicaciones periódicas, incluidas las primeras revistas impresas en lengua persa del mundo. El director de la Biblioteca se lamentó con nostalgia: *“No recuerdo semejante barbaridad desde los tiempos de los mongoles”*. Aludía a que en 1258 las tropas de Hulagu, descendiente de Gengis Khan, invadieron Bagdad y destruyeron todos sus libros arrojándolos al río Tigris.



Luego fui al Museo Arqueológico. La noticia de su saqueo conmovió al mundo entero cuando se conoció, el 12 de abril. Las tablillas de arcilla de los sumerios, los primeros libros de la humanidad, de unos 5300 años de antigüedad, quedaron en ruinas y la mayoría fueron robadas del Museo. Entre otros, este centro almacenaba textos de Súmer, Acadia, Babilonia, Asiria y Caldea, Persia y varias dinastías árabes. Si el lector no lo sabe, es necesario decirle que aquí se guardaban las tablillas del Código de Hammurabí, donde aparece el primer registro de leyes del mundo. Asimismo, desaparecieron cientos de tablillas de arcilla aún sin descifrar, algunas de las cuales contenían datos sobre el origen de la escritura.

La destrucción es irreversible y hay evidencias concretas de que si bien los soldados norteamericanos no participaron en ella, sus superiores habían sido advertidos con antelación de que esto pasaría. Bagdad, por eso y por otras cosas que me reservo, es ahora una ciudad árabe ocupada por la fuerza extranjera más repudiada en el Medio Oriente y, como si esto no bastara, su memoria ha sido borrada, expoliada y sometida. ¿Podría imaginarse un destino peor para el lugar donde comenzó nuestra civilización?.

Para LA NACIÓN.
Bagdad, 2003
Por Fernando Báez
Fragmento

Asesinato

de la memoria

Reportaje a **Fernando Báez**¹

n *¿Cuáles fueron los motivos que lo llevaron a especializarse en lo que usted denomina destructividad cultural?*

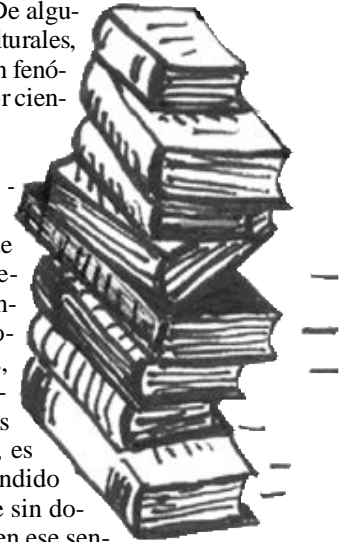
F. B.: Estrictamente personales. Baste indicar que yo nací en un pueblo llamado San Felix de Guayana, en Venezuela, y me crié en la biblioteca popular del lugar, que era y es muy pequeña. Mi madre, que era pobre, tuvo que pedirle a la encargada de la biblioteca que me cuidara durante el día para poder así cumplir con su trabajo, y lo extraordinario es que esos primeros años en la biblioteca fueron inolvidables. Aprendí a leer, un poco a escribir, y a valorar a los libros como si fueran amigos. Por desgracia, un mal día la biblioteca sufrió la inundación del río Orinoco y todo desapareció por la corriente de las aguas. Me quedé, de esta manera, sin libros, pero también sin casa, y vea que ese horror me ha perseguido siempre: es un enigma que me acosa. De alguna forma, dedicarme a este aspecto de la destrucción en los estudios culturales, apenas ha servido para darme la fuerza necesaria para reflexionar sobre un fenómeno que persiste a lo largo de los siglos. Sólo en América Latina, el 70 por ciento de los libros desde el siglo XVII hasta hoy se han perdido.

n *¿Qué relación existe en Latinoamérica entre el genocidio y la muerte de sus símbolos a través de la historia?*

F. B.: Es una pregunta interesante. Debo aclarar que la eliminación de símbolos corresponde a una práctica común que consiste en borrar la memoria del adversario para imponer los valores culturales a los que se considera sagrados o fundamentales, por medio de un proceso conocido como transculturización. En este proceso, cuando es violento, los libros, las bibliotecas o museos, son destruidos porque son símbolos de la memoria colectiva que se repudia, y no hay que olvidar que la memoria es la base de la identidad de un grupo o nación. Si se ataca la identidad, es posible someter con mayor facilidad al adversario, y esto lo han entendido todos los regímenes fascistas en la historia. Ningún imperio se sostiene sin doblegar no sólo la voluntad sino la cultura del pueblo sometido. España, en ese sentido, destruyó los códices mayas, para imponer valores religiosos, pero al mismo tiempo aniquiló a millones de hombres y mujeres en su intento por consolidar esta tesis. Como puede verse, no hay genocidio sin mnemocidio, esto es, sin el asesinato de la memoria.

n *¿Esta vivencia en Iraq lo compromete de otro modo como investigador?*

F. B.: Lo que encontré fue demasiado cruel como para olvidarlo: por primera vez he podido comprobar los efectos perversos del imperialismo en el mundo, pero sobre todo es terrible haber descubierto que no fueron ignorantes los que causaron esos daños en Iraq. Fueron universitarios de Yale, Princeton y Harvard los que planificaron aniquilar la cultura de los iraquíes (advierto que no fue accidental) para transculturizar a ese pueblo dentro de un plan de consolidar una tesis hegemónica. El actual gobierno de Bush me ha declarado "persona non grata", y constantemente recibo amenazas. Esto evidencia que mi investigación ha tocado la esencia de un grave problema.



Claudia Rodríguez Paoletti

1. Autor de «Historia universal de la destrucción de libros: desde las tablillas sumerias a la guerra de Iraq». Sudamericana, 2005.